

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS
Homilía de Mons. Sergi Gordo, obispo auxiliar de Barcelona
1 de noviembre de 2017

Amado y buen hermano Obispo Antoni, querido P. Abad Josep M., estimada comunidad de monjes benedictinos, escolanes que embellecen el culto de esta basílica con sus preciosas melodías que hacen que nuestra oración brote espontánea al Señor, rector y fieles de la parroquia de Calella que hoy subís en romería, hermanas y hermanos todos en el Señor:

Hoy, solemnidad de Todos los Santos, somos invitados por el Señor a seguirlo siempre, con alegría, por el camino de las bienaventuranzas. Gracias por invitarnos a los dos nuevos obispos auxiliares de Barcelona a celebrar esta eucaristía dando gracias al Señor con motivo de nuestra reciente ordenación, el pasado 9 de septiembre.

Aquí celebramos los ejercicios espirituales antes de nuestra ordenación episcopal. Y aquí nos tenéis hoy, subiendo al monte del Señor, nuestro Sinaí, como peregrinos, contemplando el hermoso icono de Jesús, nuevo Moisés, que "se sienta en la cátedra de la montaña" (J. Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, Madrid, BAC, 2015, p. 156) y proclama no una nueva ideología, sino una enseñanza que viene de arriba ("de la montaña del Señor viene mi ayuda!") y toca nuestra atribulada condición humana, precisamente la que el Señor, al encarnarse, quiso asumir, para salvarla.

Por ello, "el Sermón de la montaña se dirige a todo el mundo, en el presente y en el futuro, y sólo se puede entender y vivir siguiendo a Jesús, caminando con Él" (J. Ratzinger, *Jesús de Nazaret*, Madrid, BAC, 2015, p. 162). Esto lo vivió como nadie la bienaventurada Virgen así como todos los santos y santas que hoy solemnemente veneramos, es decir, todos aquellos hombres y mujeres, jóvenes y mayores, que, canonizados o no, gozan ya de la alegría, de la felicidad, de la gloria de Dios, de su bienaventuranza.

Las bienaventuranzas que acabamos de proclamar -dulces felicitaciones del Señor- tienen el perfume de la alabanza, del bien hablar, del reconocer el carácter positivo de las situaciones aparentemente más ásperas y difíciles.

Las bienaventuranzas son un canto a las personas que son consideradas bendecidas por Dios. Hay un matiz, por tanto de perennidad y de arraigo. No se trata de una alegría o felicidad pasajera ni efímera: es una felicidad y una alegría para siempre. Es aquella que todos soñamos tener. No en vano, tanto el obispo Antoni como yo mismo deseamos ser servidores de la alegría del Evangelio y así lo queremos expresar con nuestros lemas episcopales: *Alegraos siempre en el Señor*, Fil 4,4- (obispo Antoni) y *Servid al Señor con alegría* -salmo 100- (obispo Sergi). Sabemos que la alegría y bienaventuranza de la que nos habla Jesús no es la alegría provocada por las circunstancias favorables o por un talante optimista. Es la alegría que nace del corazón de quien alaba al Señor porque vive la alegría de ser suyo, todo suyo. Ahora bien, Jesús nos enseña que esta felicidad y gozo eterno se logra por un camino paradójico, el de la abnegación y el de la aniquilación. Cuando más nos desdibujamos a nosotros mismos, cuando más nos rebajamos, cuando más dejamos de ser "autorreferenciales-" que diría el Papa Francisco, más dibujamos el rostro de Dios y somos más transparencia del rostro de Dios.

"Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes" dice la Virgen magnificando a su Señor. "Todo aquel que se humilla será ensalzado", dice Jesús, siguiendo la enseñanza de la Madre. Nos hace bien recordarlo aquí, en el hogar de Santa María de Montserrat, a los pies de nuestra entrañable Moreneta. Las bienaventuranzas, pues, son para todos nosotros el mejor retrato de todos los santos y santas, el mejor retrato de la bienaventurada Virgen y el mejor retrato que tenemos del rostro de Jesús el Cristo.

Jesús puede proclamar las bienaventuranzas porque Él fue el primer bienaventurado.

Jesús nació pobre y murió pobre: no tenía dónde reclinar la cabeza.

Jesús fue bienaventurado porque estuvo de duelo por la muerte de Juan Bautista, su precursor y porque hizo suyo el dolor de Jairo y de la viuda de Naín.

Jesús fue bienaventurado porque fue humilde e invitó a aprender de esta humildad, de esta mansedumbre para encontrar el reposo.

Jesús fue bienaventurado porque el hambre y sed de justicia le llevó a expulsar a los mercaderes del Templo.

Jesús fue bienaventurado porque se compadeció de los leprosos, del ciego de nacimiento, de la mujer encorvada, de la hija de la siro-fenicia.

Jesús fue bienaventurado porque le ofendieron, lo persiguieron, lo calumniaron y lo clavaron en la cruz.

Jesús, en fin, fue bienaventurado, porque ya resucitado de entre los muertos, se apareció en son de paz a los apóstoles en el cenáculo.

Jesús fue bienaventurado, sí. Y nosotros, su cuerpo, que es la Iglesia, ¿podemos decir que somos también bienaventurados?

Hoy que celebramos Todos los Santos, como comunidad cristiana, ¿acaso no recibimos la llamada a vivir la alegría de las bienaventuranzas mostrando, revelando, no velando, el rostro de Jesús el Cristo?

Se trata ciertamente de una llamada. Y sabemos que somos débiles y pecadores. Por lo tanto, para conseguir vivir personal y comunitariamente como todos los santos y santas, necesitaremos mendigar, pedir, suplicar, la fuerza del Señor y seguirlo siempre, con alegría, por el camino de las bienaventuranzas, camino de conversión personal y comunitaria, camino a recorrer siempre desde el gozo y la felicidad que brota del encuentro con Jesús el Cristo.

Y es que, como afirma el Francisco al inicio de su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, "La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría". (EG 1). ¡Dejémonos, pues, encontrar, visitar y tomar por Cristo! Pongamos nuestras vidas en manos del Señor, en manos de este Alfarero que sueña a hacer de la arcilla que somos nosotros un reflejo de su santidad, una ánfora donde quepa la plenitud de gracia que Él quiere derramar en nuestro interior.

Tenemos la suerte de que todos y todas llevamos dentro el "genoma espiritual" de ser hijos e hijas de Dios, tal como nos lo ha proclamado gozosamente san Juan en la segunda lectura. ¡Qué alegría! Sin embargo, como muy bien recuerdo que decía nuestro añorado difunto P. Andreu Marqués -maestro y amigo entrañable que tal día como hoy del año 2008 celebró sus bodas de oro de vida monástica-, en todos nosotros late el "cor inquietum" que diría San Agustín, es decir, parece como si el ser humano fuera "un juguete de su imaginación desbocada" porque nos damos cuenta de que deseamos la felicidad y la dicha, la verdad y el bien, y en cambio no somos capaces de alcanzarlos. Pero el buen amigo el P. Andreu también nos advertiría hoy que esta complejidad de nuestras vidas, con las "tribulaciones" que todo ello conlleva -como remarca el Apocalipsis en la primera lectura-, no es una situación irreversible. En efecto: la tribulación no tiene la última palabra, el mal no es nunca la última palabra. En las bienaventuranzas encontramos una manera de transformar todas las realidades, hasta las más adversas, y de vivir en una dimensión positiva, de manera que nos encaminen en esta vida hasta que logremos la armonía plena en la gloria de Dios (cf. A. Marqués, *Sobre la razonabilidad de la fe cristiana, en Cuestiones de Vida cristiana*, 231, 2008, p. 122S.).

Considero que este buen pensamiento del P. Marqués es apropiado para el momento delicado de "tribulaciones" que vivimos en nuestro país. Así, pues, pidamos al Señor para que en las circunstancias atribuladas que estamos viviendo tratemos también todos y todas de ser servidores de la alegría del Evangelio, de ser felices, bienaventurados, para que empleemos nuestras vidas "poniendo paz" en todo (¡"bienaventurados los que trabajan por la paz"!), por ejemplo "haciendo de puentes". Siempre será necesario que haya puentes donde las personas puedan encontrarse, donde se recupere con sabiduría el pasado, donde el presente se construya con solidez. Los escolanes, por ejemplo, cuando salís del Monasterio y hacéis excursiones -o al hacer incluso largos viajes a países lejanos, a muchos kilómetros de distancia de nuestro país-, sabéis lo bien que va poder disponer de un puente en una jornada de largo camino fatigante, para detenerse haciendo una pausa contemplando con perspectiva un buen paisaje, o para guarecerse bajo un puente del calor del sol o del agua de la lluvia. Y por más grande que sea la riada, no hemos de querer dejar de ser puentes, de hacer de puentes, de procurar puentes de entendimiento, de diálogo, de encuentro, de comunión, de no confrontación, diciendo no ante cualquier signo de violencia o de brutalidad, curando heridas, procurando reconciliación, siendo en definitiva puentes de convivencia cívica y pacífica, puentes de bienaventuranza. Los puentes, sin duda, se exponen a todas las inclemencias y la furia de los elementos. Pero siempre son necesarios. Y por eso, cada uno en la medida de sus posibilidades, recibimos hoy la invitación a hacer de puentes, por el camino de las bienaventuranzas, "alegres siempre en el Señor" (= lema del obispo Antoni Vadell) y "sirviendo al Señor con alegría" (= lema del obispo Sergi Gordo), y si puede ser, por favor, con un poco de humor mejor que mejor.

Pedimoslo ahora haciendo un breve momento de silencio y oración. ¡Y que la bienaventurada Virgen de Montserrat ilumine -más que nunca- nuestra catalana tierra! Amén.